

Historia de la institución de la Eucaristía.

Nada más excelente, nada más grande, nada más sublime, que el Misterio adorable en que el Dios misericordioso dejó á los hombres una memoria de sus prodigios y la prenda más dulce de su amor infinito.

“Todo el mundo reconoce, con San Dionisio Areopagita y con Santo Tomás de Aquino, en quienes se resume la teología católica, desde su aurora, en los tiempos apostólicos, hasta el esplendor de su plena luz en el siglo XIII, que la Eucaristía es la perfección de todo lo que perfecciona, la consumación de todo lo que santifica, el fin de todos los sacramentos y el más excelso de esos magníficos y poderosos medios de la vida sobre-

natural, como es más excelso el Creador que cualquiera obra de sus manos, por bella y portentosa que se suponga.¹”

Estas luminosas afirmaciones del Angel de las Escuelas, se imponen á la inteligencia humana, alumbrada por la fe, sin dificultades y sin esfuerzo.

La Eucaristía, considerada en su objeto adorable, es el hombre Dios hecho Sacramento.

Todo lo que se afirma esencialmente del Verbo hecho carne, se afirma, en consecuencia, del Verbo sacramentado.

Tiene, pues, la Eucaristía, la misma excelencia, la propia dignidad, la idéntica incomparable grandeza de Jesucristo.

Es importante como Jesucristo, necesaria como él, digna de las mismas alabanzas, de los mismos respetos, de los mismos deberes, de las mismas adoraciones de los ángeles y de los hombres.

Es no solamente el signo, la imagen ó el vestigio, el instrumento ó el medio, la gracia ó el don de Jesucristo, es Jesucristo mismo, que es el Dios bendito en todos los siglos y á quien se debe toda gloria.

¹ Santo Tomás, III. Par. q. LXV á 3.

Considerada en sus relaciones con la sociedad cristiana, de la que forman parte el cielo, la tierra y el lugar de expiación de las almas escogidas formando un solo reino, es la Eucaristía el alma y el corazón del cuerpo místico de Jesucristo, la fuente de toda gracia, el río ancho y profundo que hace circular la vida en todas las extremidades de la tierra, que extiende hasta los valles desolados del Purgatorio, sus aguas purísimas que refrescan y consuelan, y que hace subir hasta el cielo sus ondas luminosas que llevan á los jardines del Eden un flujo, sin cesar renovado, de gozo y de gloria.

En la tierra, es la razón fundamental y el objeto supremo del culto de la Iglesia Católica, es el centro y el nudo de nuestras creencias que reune; en espléndida armonía, la fuente siempre pura y siempre activa de su santidad, la garantía indefectible de su inmortal duración, el resorte poderoso de su expansión apostólica que no tiene límite conocido.

Es para las almas el medio indispensable de la vida cristiana; el único preservativo contra nuestra nativa debilidad; el solo remedio capaz de curar la llaga siempre purulenta del apetito sensual;

el alimento de todas las virtudes que gradualmente desenvuelve; el principio generador de la piedad; el recurso que hace las relaciones del Creador con su criatura, fáciles hasta la familiaridad, afectuosas hasta la ternura; el principio activo de la abnegación; el foco siempre encendido de la caridad divina.

Es el astro central de esa inmensa fase que principia en la muerte del Salvador y que ha de terminar en el día de su triunfo supremo, cuando juzgue á los vivos y á los muertos.

Ella es el presente.

Entre el pasado de Cristo, en que sólo un pequeño grupo de privilegiados gozó de su presencia visible, y el porvenir glorioso del reino eterno, en que lo poseerán todos los elegidos en los esplendores de la visión beatífica y del amor sin desfallecimientos, la Eucaristía es el único medio de la presencia personal del Salvador en la tierra.

Bajo los velos del Sacramento es como los viajeros del tiempo podemos poseer á Jesucristo; pero lo poseemos en realidad, en su persona misma, en su esencia divina, en su naturaleza humana, en su vida y en su acción.

El Cristo Eucarístico es el fin inmediato de la

Iglesia y del cristiano, como el Cristo glorioso es su fin último.

En él es, en quien se consuma, aquí abajo, la unión del hombre con Dios, que es en lo que consiste la perfección suprema y la felicidad soberana de la criatura racional en la tierra.

Obra tan admirable, como la que acaba de bosquejar nuestro labio, que mancha la culpa, no podía denominarse con un solo nombre.

Tan extensa como es, no era posible que se cerrase en los límites de algunas sílabas: propiedades tan maravillosas, efectos tan sin número, exigían que mil nombres reuniesen sus rayos, y ni aun así podrían llegar á esclarecer, sino muy imperfectamente, su objeto divino.

Obra tan portentosa, no podía aparecer de improviso.

El misterio más profundo, que sobrepasa los límites de la razón y que debía sumergir al hombre en el abismo más hondo del respeto y la admiración, debió anunciarse largo tiempo antes de que se realizara, debió definirse y bosquejarse bajo las formas elementales de la figura.

“Ni el arte, ni la naturaleza, dice Bossuet, pro-

ducen de un solo golpe sus grandes obras: avanzan paso á paso.”

Y así lo hizo Dios en el orden de la creación: así lo hizo en el de la Redención: así lo hace en el orden de la santificación, cuyo centro es la Eucaristía.

“Dios, dice Basilio de Selencia, acostumbra bosquejar, en antigua imagen, las obras nuevas de su gracia. Como las cosas que son superiores á las leyes de la naturaleza son increíbles á los ojos del hombre, Dios pone, como fundamento de aquellas, las imágenes, para que, contempladas por su criatura, quede preparada á creer lo que su razón no alcanza.”

Y así se hizo en la Eucaristía.

La ley escrita y la ley de la naturaleza, que eran un bosquejo de Cristo, *Christi rudimenta*, presentaron al mundo las más bellas y encantadoras figuras del don eucarístico.

Obra tan profunda y tan sublime, necesitaba igualmente que la voz de la profecía se hiciese escuchar, para que las inteligencias pudiesen ver, á la luz de la palabra eterna, la maravillosa obra del amor más puro, de la ternura más inefable,

Por eso en nuestros precedentes artículos hemos

hablado de los nombres de la Eucaristía, hemos presentado sus bellas y radiosas figuras y hecho escuchar la voz imponente y augusta de los Profetas.

Nos acercamos ya al estudio del misterio y sus maravillas.

Debemos entonces contemplar en un solo cuadro los hechos que han pasado en el último día de la vida de Cristo y las circunstancias que han acompañado la institución de la obra más querida de su alma.

Aunque los acontecimientos que vamos á describir se realizaron en el espacio de algunas horas, como ellos son tan numerosos y el camino que debemos recorrer está sembrado de tantos prodigios, necesario es que los estudiemos separadamente.

Así, pues, dividiremos este estudio en dos partes: Preliminares de la Institución: Institución de la Eucaristía.

PRELIMINARES DE LA INSTITUCION.

JUEVES SANTO.

“Acercábase ya la fiesta de los Azimos, dice San Lucas, que es la que se llama Pascua, y los príncipes de los sacerdotes y los escribas andaban trazando el modo de dar la muerte á Jesús.”

Este, después de haber concluido sobre la montaña de los Olivos un discurso en que había hablado á sus Apóstoles del juicio último y de la ruina de Jerusalén, les dice: Bien sabéis que de aquí á dos días, debe celebrarse la Pascua y que el Hijo del hombre será entregado á muerte de cruz.

Al mismo tiempo, agrega el texto evangélico, se juntaron los príncipes de los sacerdotes y los magistrados del pueblo, en el Palacio del Sumo Pontífice que se llamaba Caifás, y tuvieron consejo para hallar medio como apoderarse con maña de Jesús y hacerlo morir.